

SERMON PRIMERO

DE LA PURÍSIMA CONCEPCION

DE MARIA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA,

QUE ANTE LA REVERENDA COMUNIDAD DE CAPUCHINOS

DE LA CIUDAD DE CÁDIZ,

CUANDO SOLO ERA DIÁCONO Y ESTUDIANTE TEÓLOGO,

EN EL DIA 15 DE DICIEMBRE DE 1767

DIJO

EL M. R. Y V. P. FR. DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ,

Misionero Apostólico de la Provincia

de Andalucía.

Obra póstuma.



EN MADRID, AÑO DE 1822.

IMPRENTA DE D. FERMIN VILLALPANDO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

7719

El Editor ha creído hacer un servicio á la Religion, y á sus Ministros en públicar esta primera produccion, que bajo la *metáfora de Ciudad de Dios*, predicando de la Concepcion Purísima, como original de su espíritu y pluma, pronunció en la Iglesia de Capuchinos de Cádiz su sábio y apostólico Autor, que despues con general aplauso se adquirió la admiracion y veneracion de toda la Península, para que por la uña se conozca el leon. = VALE.

ALABADA SEA LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Beatus venter, qui te portavit. S. Luc. cap. 11.

V. 27.

Bienaventurado es el vientre que te llevó.

Con singular alegría de toda la tierra se funda ó edifica el Monte Sion (1), que es la Ciudad de David (2). Esta es aquella Ciudad del gran Rey, en cuyas casas, como dice el Real Profeta, será Dios conocido (3), en la que se unieron y juntaron los Reyes de la tierra, que admirados al verla tan singular, exclamaron verdaderamente, que así como lo oímos, así lo vimos en esta Ciudad del Señor de las virtudes, en esta Ciudad de nuestro Dios, la cual él fundó y estableció para siempre: todo esto nos dice David al salmo 47; y sin duda, que según estas señas, es esta Ciudad prodigiosa, aquella misma que vió en su Apocalipsi el Evangelista S. Juan bajar del cielo, y de Dios, pero no antigua, sino nueva: *vidi civitatem sanctam Jerusalem novam descen entem de caelo à Deo* (4). Ma avill a Ciudad or tierra, que aún los primeros materiales de su sér, ó, or mejor decir los primeros instantes de su existencia los recibe, y tiene en el cielo, en donde es fabricada por mano del mismo Dios, dándonos á entender lo exenta que estaba de las infecciones del barro común de que todas las demas son formadas.

Esta Jerusalem, que como Ciudad se edifica, ó que baja nueva del cielo, llama nuestra atención á la especulacion de sus misterios: qué Ciudad será esta, que con tantas demostraciones de universal alegría se edifica, sino aquella cuya primera formacion ó informacion se hace con extraño y nuevo júbilo de los angeles y hombres, de los cielos y la tierra? ¿Qué Ciudad será esta, en cuya habitacion ó casa será Dios

(1) Psalm. 47. 3. (2) 2. Reg. c. 5. 7. (3) Psalm. 47.

(4) Apoc. 21. 3.

Ciudad de refugio para los hombres, y éstos la medida de la casi inmensa magnitud de sus gracias: diré lo segundo, con- siguiente al Evangelio, que su agigantada virtud en correspon- dencia á tanta gracia la hace superior á toda alabanza, y á nosotros sin excusa para imitarla. Prestadme vuestra aten- cion, que sin cansar vuestra paciencia, pasaré á cumplir lo prometido, si antes me ayudais con vuestra intercesion á pe- dir y conseguir de ese pasmo de los angeles, por lo asombro- so de su gracia, una partecilla de ella para proseguir con su agrado. AVE MARIA.

PARTE PRIMERA.

Gloriosas alabanzas están dichas de tí, Ciudad de Dios (15), porque á la verdad es el Señor grande, y sobremanera lauda- ble en esta Ciudad de nuestro Dios (16); pues hizo en ella cosas grandes el Todopoderoso, y su santo nombre (17), cuales nin- ca hizo con todas las naciones y generaciones del orbe (18): fundóla el Altísimo, y preparóla sobre todas las aguas de los mares, y corrientes de los rios (19). ¡Oh, qué hermosa y llena de gracia te manifiestas en tu Concepcion, mística Ciu- dad de Dios, Maria! pues si allá en el principio del mundo, cuando las aguas ocupaban toda la tierra, fueron tan feli- ces, que sobre ellas estaba el espíritu del Señor (20), cuán- to mas en Vos, Dulcísima Señora, habitaria este Divino Es- píritu, no en la superficie, como en las aguas, sino en Vos y dentro de Vos, pues sobre ellas es fundada y preparada: por eso vió el Evangelista, que el caudaloso rio del agua de la vida de la gracia, que procedia del trono de Dios, bañaba á esta mística Jerusalem, que en su vision registraba (21). Por eso tambien, si mal no entiendo, ijo D. v. d. que la impetuosa corriente de este rio alegraba la Ciudad de Dios (22).

Y ya se ve, si esta mística Ciudad de Dios Maria, así es- taba fundada, y preparada sobre las aguas santas, cómo po- dia naufragar ó peligrar en aquel otro caudaloso rio del vene- no de la culpa, que arrojó de su boca la serpiente antigua á los pies de esta muger prodigiosa para ahogarla en sus corrien-

(15) Psalm. 86. 3. (16) Psalm. 47. 1. (17) Luc. c. 1. 40.

(18) Psalm. 147. 9. (19) Offic. Eccl. (20) Genes. 1. 2.

(21) Apoc. 22. 1. (22) Psalm. 45. 5.

tes, como refiere S. Juan al cap. 12 de su Apocalipsi (23). Claro está, que el mismo que en el principio del mundo dividió las aguas de las aguas, separando las que estaban sobre el firmamento, de las que estaban debajo del firmamento (24), separaría ó dividiría las aguas santas del firmamento de María Santísima, mi Señora, de las gorgonzoñas del infernal dragon, mandando á la tierra que ayudase á nuestra Reina, y fuese abriendo sus seno, y tragándose aquel venenoso rio, que habia salido de la boca del dragon (25); porque así quedase victoriosa esta muger fuerte, y cumplida la promesa del Divino Esposo, que en los cantares la asegura que no solo uno, pero ni muchos rios podrán jamas inundarla (26).

Pero no es esto lo mas, que al fin como venida del cielo, no es mucho fuese tan privilegiada; eslo sí, que fuese tanta su gracia, aun en su primer instante, que llegase á verla el Evangelista, como Ciudad de refugio, dada por Dios á los hombres para su remedio; que tampoco en David, fue lo mas extraño pasase del tabernáculo de los pastores, al trono y palacio de los Reyes; ni que el joven espedazoso, ó destruzase al leon, sin mas arma que sus manos, (27) sino que aun en sus juveniles años fuese tanto su valor, que sin mas armas que su esfuerzo, quitase el oprobio de Israel (28), y encomendase Dios á su cuidado la defensa y seguridad de su pueblo (29). Esto sí que es gloria y honra de David, y esto sí tambien es prueba de la casi inmensa magnitud de la gracia de María, mi Señora, en su Concepcion dichosa, por ser especial prerogativa con que fue privilegiada, como lo fue en aquellas ciudades, que puso Dios de refugio á los hijos de Israel en la tierra prometida (30).

Pero como no habia de ser así con la que Dios habia escogido para madre del Unigénito, si en ella se ven y admiran juntas todas las gracias de los angeles y santos, como lo demuestra su Dulcísimo nombre de Maria, el cual, como afirma S. Alverto Magno, es el conjunto de las gracias todas. *Congregationes gratiarum apelavit Maria, media producta* (31). Por eso dijo el Real Profeta que esta mística Ciudad estaba fundada, y tenia por fundamentos á los altos montes de los

(23) Apoc. 12. 15. (24) Gen. 1. 6. (25) Apoc. 12. 16. (26) Cant. 8. 7.

(27) 1. Reg. 17. 34. (28) Ibid. v. 36. (29) 2. Reg. 5. 2.

(30) Num. 35. 11. (31) S. Alv. Magn. de Laud. Virg. c. 162.

Santos: *Fundamenta ejus in montibus sanctis* (32). Sobre los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y demas Santos se entiende, pues así lo demuestran las doce piedras y margaritas de los doce fundamentos y puertas de aquella ciudad, que vió el Evangelista, en que estaban escritos los nombres de los doce Apóstoles, y de las doce tribus de Israel (33).

Y veis aquí á los hombres midiendo la grandeza de esta Mística Ciudad de Dios; no lo estrañeis, que así lo dice el Evangelista, pues afirma, que el que midió el muro de aquella Ciudad que registraba, lo hizo con medida de hombre: *et mensus est murum* (34) *ejus mensura hominis*. No lo estrañes digo, pues su Divino Esposo para ponderar su alteza y gracia, lo hace del mismo modo: vedlo allá cuando dice: sesenta son las Reinas, ochenta las agregadas, y las doncellas son sin número; pero sobre todas una es la escogida, una es la perfecta á quien las Reinas y todas las demas, no solo alabaron sino tambien la predicaron dichosa (35).

¿Y no sabremos qué medida es ésta con que miden los hombres á esta Ciudad grandiosa? Sí señores: es la medida de un codo, dice el Evangelista (36), que aunque el medirla era con una caña de oro, la numeracion de lo medido se hace por estadios y codos, y es á mi ver la razon, porque debi ndo el hombre aplicar la mayor medida que en sí tenga, y siendo ésta la de un codo, ésta y no otra es la que sirve para su mensura, que no es mas que decir que toda la perfeccion y santidad de los hombres, debe considerarse, para que puedan ser medida de la gracia casi inmensa de Maria, mi Señora, en su Concepcion sin mancha; pero aun no basta eso, porque se requiere que toda esa perfeccion, que toda esa santidad se multiplique doce mil veces para llegar á medir la Ciudad toda; y evacuada ésta en la longitud, repetirla en igual número en su latitud y altura, pues es igual en todas sus dimensiones (37).

Haced pues ahora el cómputo si podeis: juntad en uno toda la gracia, santidad y virtud de los Santos Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires Confesores, Vírgenes y de todos los Justos y Santos que han sido, o y serán; consideradlos en la mayor santidad y perfeccion á que pueden alcanzar;

(32) Psalm. 86. 1. (33) Apoc. 21. 12. et 14. (34) Ibid. v. 17. Cant. 6. 7.

(35) Apoc. cap. 21. v. 17. (36) Apoc. 21. 16.

(37) Can. 4. 3.

multiplicad despues toda esa santidad (que parece inmensa) treinta y cinco mil veces por lo menos, y hallareis, que todo esto, y mucho mas es la gracia de Maria, mi Señora, en su Concepcion Purísima; pero no enseis que es adecuada la medida, porque es tan preciosa como estrínseca; y por eso el Divino Esposo en los cantares, dos veces que llega á ponderar la hermosura de sus megillas (en que se significa la gracia, que es la hermosura del alma) luego añade: *absque eo quod intrinsecus latet* (38) *absque occultis tuis* (39). Toda esa hermosura, esposa mia, se entiende fuera á parte de lo que queda oculto en tu interior, que es ese un huerto cerrado, cuya delicia y gracia solo puede percibirse (aunque no entenderse) *por sus emisiones, que solas bastan á formar un Paraiso* (40).

Y ved ahora con cuánta propiedad, dice de sí esta Señora, que obtuvo el primado ó primacia en toda generacion, y que con su virtud propia holló los corazones de los mas altos, y mas humildes; que su morada es en la heredad del Señor, y que por esto le mandó el que la crió que en sus escogidos firmase sus raices (41); qué otra cosa quiere decir todo esto, sino darnos á entender que su gracia, por tan grande, escede á la de todos los amigos y escogidos de Dios, si con la de ellos se mide; porque la medida de éstos da bien á entender, cuánta sea la gracia de Maria, mi Señora, en su Concepcion dichosa, y de aquellos á quienes se llama para conocer ésta.

Pero aun no está dicho todo, porque nos falta un realce, que hace en mi sentir mas visible la gracia de Maria, mi Señora, en su Concepcion Purísima. ¿No es verdad que todas las gracias, prerogativas y favores que hizo Dios á nuestra Reina, como el ser concebida sin culpa original, el ser desde luego Señora de todo lo criado en los cielos y en la tierra, con toda la perfeccion de su sér en el cuerpo y en el alma, se le concede porque es escogida para Madre del Unigénito del Padre, esto es, porque ha de ser Madre de Dios? Así lo dan á entender algunos Santos Padres: *propter hoc: vis toda esa alteza y excelencia de ser Madre de un Dios humanado, pues todo parece menos que oír la palabra de Dios y observarla: así lo da á entender la eterna sabiduria, Cristo mi Redemptor en el Evangelio de mi tema.*

(38) Cant. 6. 6. (39) Ibid. v. 12. (40) Eccli 24. 10. (41) Matt. 12. 47,

Llega Marcela á celebrar la dicha de Maria Santísima, mi Señora, predicándola Bienaventurada, por ser Madre de tan buen hijo, y Cristo mi Redemptor, le responde: bienaventurados son en verdad los que oyendo la palabra de Dios, la guardan en su corazón para observarla; pero aun mas claro á mi ver lo da á entender en otra ocasion, quando acabando de predicar se llegó á su Magestad uno del auditorio, y le dijo: que su madre y hermanos le esperaban en la puerta; á que respondió preguntando, quiénes eran sus hermanos, y cuál era su madre, y concluyó diciendo que el que hiciese la voluntad de su Padre celestial, ese era su hermano y su madre. Pues ahora al caso: si toda la gloria de ser Madre de Cristo parece menos, siendo tanta que la de ser fiel observador de la palabra de Dios y sus preceptos, ¿cuánta será la gracia de Maria, mi Señora, en su Concepcion dichosa, pues desde aquel punto fue tan aventajada en la guarda y cumplimiento de los divinos mandatos, que (como diré en la segunda parte) escedió, no solo á los Santos, sino tambien á los mas encumbrados Serafines?

Por esta razon, mejor que por su dignidad, la llamaron Bienaventurada todas las generaciones (42), y todas las gentes llevarán á esta mística Ciudad su honor y gloria, y todos serán encaminados con su luz, y llamarán patentes á las puertas de su misericordia para entrar á ser su pueblo electo; pero solo aquellos que estan escritos en el libro de la vida del Cordero (43), el cual llamará á su rescogido, y los traerá de los cuatro vientos (44), que son los cuatro extremos de la tierra, Oriente, Occidente, Aquilon y Mediodia, á cuyas partes corresponden en igual número las doce puertas de esta mística Ciudad de Dios (45), que siempre estarán abiertas para estos felicísimos hijos de bendicion, y clientes de Maria.

Pero qué digo: ¿solo los justos han de tener entrada en esta Ciudad de refugio Maria? Sí, católicos, que asi lo dice el sagrado testo; pues afirma que no entrará en esta Ciudad cosa que esté manchada, ó que cometa abominacion y mentira (46); y que los cobardes de espíritu, los incrédulos, execrables homicidas, los carnaleros y los demas viciosos, no tienen par-

(42) Luc. 1. 48. (43) Apoc. 20. 27. (44) Matt. 24. 31.

(45) Apoc. 21. 12. (46) Ibid. v. (27). 21. v. 27. (47) Ibid. (48) Ibid. (49)

te en esta Ciudad ; porque su parte es en el estanque del eterno fuego (47). ¿ Pues qué , dulcísima Señora , solo los pecadores hemos de ser escludidos de lograr vuestras piedades ? Nosotros , cuando mas abandonados de Dios , hemos tambien de ser privados de vuestro patrocinio ? Solo para nosotros , ó dulcísima Madre de clemencia , ha de faltar lugar en vuestras maternales entrañas ? ¿ Puede , dulcísima Señora , caber tanto rigor en vuestro corazon compasivo ? Sí , católicos , que todo esto y mucho mas merecemos , cuando por un vil y momentáneo deleite , olvidando nuestras almas , abandonamos á Dios : Sí , católicos , repito , que quien tiene el corazon tan empedernido , que no siente perder á Dios , á Maria Santísima y á su propia alma , no es mucho encuentre tanto rigor en su misericordia tan piadosa.

Pero no , no desconfiemos , que no solo los justos y los santos , sino tambien los pecadores hemos de tener entrada en esta Ciudad de Dios ; y no solo eso , sino que tambien hemos de ver , como no menos los pecadores , que los justos damos nuestra medida á la gracia de Maria , mi Señora , en su Concepcion dichosa. Habla el Divino Esposo con Maria , mi Señora , en los cantares , y le dice : ¡ Oh , tú , la mas hermosa entre las mugeres , si te ignoras á tí misma , esto es , si no conoces cuánta es tu gracia , sal al campo , y alli apacienta tus cabritillos : si ignoras , *ó pulcherrima inter mulieres egredere : et pasce hædos tuos* (48). ¿ Y qué quiere decir eso , me direis ? ¿ Qué ? ¿ no sabeis que en las divinas letras , por cabritillos se entienden los pecadores ? Sí : *statuet oves à dextris , hædos autem à sinistris* (49). Pues ya está claro el misterio : decir el Divino Esposo á nuestra Reina que si no conoce su hermosura salga al campo , y alli apacienta sus cabritillos , es decirle que para que conozca cuánta es su gracia , ponga los ojos en los pecadores , y por su fealdad y deformidad vendrá en conocimiento de su belleza , puesto que tan distante se halla del motivo que tanto los afea.

Y aqui tenemos á Maria , mi Señora , como amparo de los pecadores , pues con tanta especialidad le encomienda su cuidado y guarda el Divino Esposo : mas no es del caso esta prueba ; porque si Maria , mi Señora , en su Concepcion di-

chosa es Ciudad mística de refugio, necesario es, que como Ciudad la propongamos Protectora de los pecadores, y que en ella hallemos la entrada para nuestro consuelo. Preguntamos á David en qué parte del mundo está situada ó fundada esta Ciudad del gran Rey: ya nos dice al salmo 47 que en las partes del Aquilon: *latera Aquilonis Civitas Regis manni* (50). ¿ Y qué quiere darnos á entender con eso? ¿ Qué? ¿ no le dijo Dios á Jeremias que todo lo malo se manifestaria en el Aquilon? *ab Aquilone pandetur omne malum* (51). Y mas claro en el capítulo 6 donde el mismo Profeta dice que en el Aquilon fue visto todo lo malo: *malum vissum est ab Aquilone* (52). Sí: pues ya está todo claro: decir David que en el Aquilon está fundada esta Ciudad de Dios, es prometernos á los pecadores el paso franco para su entrada; puesto que siendo el Aquilon donde está todo lo malo, quiso Dios poner allí á esta su gran Ciudad, y aun por eso dice el Evangelista S. Juan que tenia tres puertas abiertas y patentes hácia el Aquilon: la Ciudad de Maria, mi Señora, que en su vision registraba: *et ab Aquilone portæ tres* (53). *Vidi Civitatem Jerusalem: beatus venter qui te portavit.* Que es lo primero.

PARTE SEGUNDA.

L' m s ya, religiosísimo auditorio, á la segunda parte, en que debo ponderar para vuestra enseñanza y confusion la casi inmensa santidad de esta mística Ciudad de Dios, Maria Santísima, nuestra Reina, en su Concepcion dichosa, en correspondencia á la divina gracia con que en su sér primero fue prevenida: llegamos, digo, á especular lo interior de esta prodigiosa Ciudad; pero desde luego nos quedamos absortos, sin poder seguir adelante; porque las luces que despide el oro purísimo de la mayor perfeccion de que se compone (54), detiene nuestros pasos, no para que retrocedamos, si para que volviendo sobre nosotros mismos reflexionemos lo que miramos, y dejando la investigacion curiosa, registremos este portentoso, con el ánimo solo de copiar en nosotros alguna partecilla de su perfeccion inmensa.

(50) Psalm. 47. (51) Jerem. 1. 14. (52) Ibid. 6. 1.

(53) Apoc. 21. 13. (54) Apoc. 21. 18.

Pero cuidado, devotos oyentes míos, que para mirar de cerca esta vision grande y prodigiosa, es necesario que dejemos al pie del monte de la oracion y contemplacion los criados de nuestras viciosas inclinaciones, y el jumentillo de la propia dominante pasion, como otro Abran (55); y despues de esto nos descalcemos de los afectos terrenos para mas libremente, y con mayor decencia llegarnos como t. Moyses (56) á investigar de cerca lo que en el monte se nos propone á la vista: necesario es subir al alto monte de la perfeccion para lograr ver de cerca lo que pretendemos registrar; que aun por eso para conseguirlo fue llevado en espíritu á un alto y grande monte el sagrado Evangelista, á quien esta vision se le mostraba (57); pero reparad lo que dice, que fue llevado en espíritu, para darnos á entender lo libres que debemos estar de toda pasion y afeccion terrena ó mundana para lograr tanta dicha.

Habla pues S. Juan de las escelencias de esta mística Ciudad de Dios, y entre otras cosas dice, que sus fundamentos estaban adornados de todas las piedras preciosas: *et fundamenta muri Civitatis omnis lapide pretioso ornata.* (58). Y ya sabeis que por estas piedras preciosas pueden bien entenderse las virtudes, que son las que hermosean el alma. ¡ Oh, válgame Dios, qué temprano se admira en su mas perfecto egercicio esta mística Ciudad de Dios Maria! Apenas recibe el sér, apenas recibe la gracia cuando empieza á corresponder á ella con los mas heróicos actos de todas las virtudes: apenas en el primer instante de su sér, conoce lo que recibe, cuando oficiosa se ofrece á la correspondencia; apenas en aquel punto se le da Dios á conocer, cuando agradecida egercita los mas heróicos actos de fe, esperanza y caridad, aventajando en ésta á los mas encumbrados Serafines, y en aquellas á todo el conjunto de los Santos. ¡ Oh, qué hermoso es n. t. pasos, h. ja del Príncipe! (59) Cuán justamente exclamaron aqui los Angeles diciendo: ¿quién es ésta, que como barita de humo, compuesta de incienso y mirra, sube por el desierto de caminos tan desusados y escondidos á la capacidad angélica y humana? (60)

(55) Gen. 22. 5. (56) Exod. 3. 3. et 5. (57) Apoc. 21. 10.

(58) Ibid. v. 19. (59) Cant. 7. 1. (60) Cant. 3. 6.

Pero ¡Oh, oh, qué confusión para nosotros! Ver á Maria Santísima nuestra Reina, que en el primer instante de su sér, luego que conoce lo que recibe, corresponde á la gracia tan sin pereza, que no lo difiere aun para el segundo instante; y nosotros despues de dias y mas dias, de años y mas años, que está Dios llamando á nuestro corazon con auxilios y gracias sin número, nos estamos quietos y mas quietos, y aun nos hacemos sordos y desentendidos! ¡Qué cargo tan tremendo delante de Dios! ¡Y oh, qué omision tan peligrosa para nuestras almas! ¿Ignoramos acaso, que en no corresponder á tantos auxilios y gracias, nos ponemos á peligro de perecer eternamente? ¿Y en cierto modo ponemos á Dios como en necesidad que nos abandone? pues sepamos, que si no atendemos á sus llamamientos, correspondiendo á la gracia que misericordiosísimamente nos envia cuando puestos en necesidad le clamemos, no nos dará oidos, y en nuestra muerte se reirá de nosotros, y así vendremos á morir en nuestro pecado: *quia vocabi, et renuistis::: ego quoque in interitu vestro ridebo::: tunc invocabunt me, et non exaudiam (61) quæretis me, et non invenietis, et in peccato vestro moriemini (62)*: temamos de nuestra pereza, pues ésta, contentándose con solo los deseos, es causa que vengamos á morir á manos de estos mismos deseos, como lo dice el Espíritu Santo (63): tengamos siquiera vergüenza y afrentémonos de vicio tan enorme, que en testimonio de la eterna Sabiduria nos contituye discípulos de los mismos brutos, para que de ellos aprendamos: *vade piger ad formicam et disce sapientiam (64)*.

Salgamos de nuestro engaño, que tan oscurecido nos tiene el entendimiento para obedecer á la verdad, y emulando los mejores carismas (65) aprendamos de nuestra Soberana Reina, que como Santa nos compele con su egemplo á que corriendo tras el olor de sus unguentos, seamos buen olor á Jesucristo: pongamos en ella los ojos, y veremos el mayor de los prodigios que han conocido ni jamas conocerán los siglos en pura criatura; veremos, digo, á esta Divina Princesa, que en aquel primer instante, siendo aun tan pequeña, que apenas pudieran percibirse sus potencias y sentidos este-

(61) Prov. 1. 26. (62) Joan. 8. 21. (63) Prov. 21. 25. (64)

(64) Prov. 6. 6. (65) Paul. ad Cor. c. 12. 30. (66)

riores, lloró real y verdaderamente copiosas y amarguísimas lágrimas por los pecados de los hombres, con que conoció habían ofendido á su Dios y Señor: ¡oh lágrimas de Maria, qué fatales son terribles para nuestra tibieza en el juicio divino! y v. q. i de paso con cuánta propiedad preguntaron los an- le o su admiración, vienen estos progresos de Maria, mi Señora, en su Concepcion dichosa, que quién era ésta, que como varita de humo compuesta del olor de sus virtudes, significadas en el incienso, y de lo amargo de su dolor y llanto, expresado en la mirra, subia por el desierto de caminos tan intrincados.

¡Oh, cristiano y religiosísimo auditorio! paremos aqui la consideracion un poco, y reflexionemos sobre este egemplar que tenemos á la vista: ¿qué es esto que admiramos? Maria Santísima concebida sin mácula de culpa original, y en tanta perfeccion y gracia, que escedia á los mas altos Serafines; aquella pura criatura á solo Dios inferior; la que ha de ser Madre del Unigénito del Eterno Padre; la que es el centro de las delicias de Dios; y finalmente, la que Señora de los cielos y la tierra, de los angeles y hombres, así llora, así se duele de nuestras culpas y pecados? ¿y nosotros, á vista de este egemplar, aun tenemos valor para amar el pecado, y ofender á Dios, una, otra, otra, y repetidas veces? Aquella de quien solo puede decirse, que buscándose su pecado no podrá encontrarse: *quæretur peccatum illius, et non inuenietur* (66). ¡Así llora los ajenos delitos! ¿y nosotros, cargados y oprimidos con el inmenso peso de innumerables culpas propias, no solo no lloramos sino que aun procuramos añadir nuevo peso á tanta carga? ¡Oh, delirio, oh, ceguedad!

Pero aun no pára aqui nuestro desatino, pues segun nuestro peligrosísimo sosiego, parece que contra el consejo del Espiritu Santo decimos: pecado hemos, y ninguna cosa triste nos ha sucedido (67): ¡oh almas! ¿con qué verdad podremos decir esto? n. sa por entura lo que nos avisa Dios ias (68): sabe, y ve que te es malo y amargo haber dejado á tu Dios al tiempo que te guiaba por el camino de la vida eterna: *scito, et vide, quia malum, et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum, eo tempore, quo ducebat te per*

(66) Psalm. 9. 39. (67) Eccl. 5. 4. (68) Jerem. 2. 19.

viam? (68) No es cosa amarga, lo que dice David, que apartándose los juicios de Dios de nuestra vista y consideracion, seremos dominados de todos nuestros enemigos: *auferuntur iudicia tua à facie ejus, omnium inimicorum suorum dominabitur?* (69)

¿No es cosa triste, que habiendo el hombre perdido á Dios por la culpa, no le queda despues donde fijar el pie en seguro ni donde volver los ojos, que no encuentre con mortales enemigos que le presentan sangrienta guerra: *pugnabit pro eo orbis terrarum contra insensatos* (70)? ¿No es cosa amarga perder la filiacion adoptiva de Dios y de Maria, y el derecho que como hijos tenemos al reino de la Gloria suya, y hacerse esclavos del demonio, y acreedores á sus eternos tormentos? ¡Oh, Santo Dios! ¡Con cuánta propiedad está escrito, que todo pecador es ignorante (71), pues á vista de nuestro Señor como acumula el alma por la culpa, se atreve á decir, que aunque ha pecado ninguna cosa triste le ha sucedido!

Conozcamos nuestro peligro y nuestro daño, y enmendemos en mejor lo que ignorantemente hemos pecado (72): lloremos nuestros excesos, si queremos ser dichosos (73); y sepamos, que sin llanto no hay perdon, sin perdon no hay gracia, sin gracia no hay mérito, y sin mérito no hay gloria: lloremos todos, pues en iniquidad y pecado fuimos concebidos (74): lloren los justos, pues con el justo Isaias pueden y deben decir, que todas sus justicias son como un paño asquerosamente manchado: *quasi pannus menstruate universæ justitiæ nostræ* (75). Lloren los pecadores, pues su pecado siempre está clamando contra ellos ante Dios (76). Lloren los pequeños, pues tampoco estan libres de culpa, aunque su vida dura un solo dia sobre la tierra, como San Leon confiesa: *nemo mundus in orbe neque infans, ceteris vita unius et diei super terram* (76). Lloren los pecadores, pues todos como Isaias debemos confesar, que como ovejas erramos, declinando cada cual por la senda de nuestros apetitos y pasiones (77). Lloremos pues todos delante del Señor que nos hizo, porque él es nuestro Dios, y nosotros ovejas de su rebaño, y su pueblo (78) escogido en

(68) Psalm. 9. 27. (69) Sap. 5, 21. (70) Psalm. 58.

(71) Eccl. Dom. 1. Quadr. (72) Matt. 5. 5.

(73) Psalm. 50. 6. (74) Isai. 64. 6. (75) Psalm. 50. 4.

(76) Leon. Serm. Nat. D. (77) Isai. 53. 6. (78) Psalm. 94. 6.

Cristo antes de la constitucion del mundo, para que fuésemos santos (79), y para que sin temor, libres de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos en santidad y justicia todos los dias de nuestra vida (80), y pues algun tiempo entregamos nuestros cuerpos á la iniquidad, para servir á la iniquidad, asi ahora los ofrezcamos á la justicia para ser santificados, como aconseja San Pablo (81). Cesemos pues de obrar perversamente, aprendamos á bien obrar (82). Poniendo los ojos en la Santisima Reina Maria, que hoy por egemplar se nos propone, y si queremos ser dichosos, como su Magestad lo es, imitemos sus virtudes que fueron las que le grangearon su mayor gloria: *inde multo beatior* (dice el V. Beda con San Agustin y San Buenaventura) *quia ejusdem (verbi) semper amandi custos manebat æterna* (83). Esto es lo que la hace superior á toda alabanza, y est lo que á nosotros nos deja sin escu a par su escuela, é imitacion; s'a s la puerta por donde hemos de entra. á la proteccion de esta mística Jerusalem; esto, y no otra cosa, nos ha de valer para lograr la Bienaventuranza de su gloria. *Quinimo beati, qui audiunt Verbum Dei, et custodiunt illud.*

Ea pues, oh cristiano, tu dignidad (84.) Atiende y obra segun e egemplar que en el monte se te ha propuesto (85): á este egemplar de la pureza y santidad de Maria, mi Señora, en su Concepcion, debes atender, si quieres reinar con Cristo, porque ella es egemplar mas vivo de la vida cristiana, asi lo dice San Bernardino de Sena: *est exemplar, christianæ vitæ ad quod semper respicere debent, qui cum Christo regnare volunt* (86). Levantemos con David los ojos á los montes, donde esta mística Ciudad de Dios está fundada, porque de alli ha de venirnos el auxilio necesario (87), el cual será tanto mas eficaz, y abundante, cuanto fuere en nosotros mayor el esfuerzo, y la correspondencia á la gracia: no pues, no seamos perezosos ni cobardes, pues en ella tenemos segura proteccion y amparo cierto.

Si te vieres acometido de los recios uracanes de las tentaciones, ó incurrieres en los escollos de las tribulaciones, corre á esta Ciudad y clámale á Maria: si te miras peligr. en las

(79) Paul. ad Eph. 1. 4. (80) Luc. 1. 74. (81) Paul. ad Rom. 6. 19.

(82) Isai 1. 16. (83) Beda lec. 4. c. 42. in Luc. 11. S. Bonav. Comm. in Luc. et S. Agust. ibid. (84) S. Leon in Luc. 11. (85) Exod. 25. 40.

(86) S. Bernardin. Serm. 51. B. V. (87) Psalm. 120. 1.

furiosas olas de la soberbia, de la ambicion, de la emulacion, corre á esta Ciudad, llama á Maria: si te vieres movido de la ira, llevado de la avaricia, ó encendido en la sensualidad, corre á esta Ciudad de Maria: si turbado con la acerbidad de tus delitos, amedrentado, ó confuso de los estímulos de tu conciencia, aterrado con lo horroroso del juicio que te espera, llevado de la tristeza, te vieres en peligro de desesperarte, corre á esta Ciudad de Maria: y finalmente, en todo peligro, en toda angustia, y en toda ocasion y lance corre á esta Ciudad, y llama en tu favor á Maria (88).

Y Vos dulcísima Señora, única esperanza, único bien, único consuelo de nuestras almas, Vos digna, que sabeis, y conocéis nuestra fragilidad y miseria (89), y nuestra insuficiencia para el bien obrar, pues no somos capaces de producir de nosotros mismos siquiera un buen pensamiento, y que toda nuestra suficiencia es solo de Dios (89). Haced piadosísima Madre, que eficazmente queramos, y poderosamente obremos todo cuanto conduce á el agrado de Dios, y cumplimiento de nuestra obligacion: hágase en nosotros, si es posible, duplicado vuestro agigantado espíritu (90), para que no seamos en adelante como párvulos que zozobran con el viento de cualquier doctrina inventada por la astuta malicia de los hombres, para inducirnos á su error; sino que obrando lo mas recto y ajustado de la ley de Dios y de su verdad, crezcamos en Cristo por medio de toda operacion (91), y subiendo de virtud en virtud (92) corramos sin declinar á la d'estra ni á la izquierda (93) por la senda de los divinos mandamientos, hasta llegar á ver al Dios de los dioses en Sion (94).

Ea pues, amabilísima Reina, instrúyenos como maestra, obligáenos como Señora, mándanos como Reina, y aliéntanos como Madre: mira benigna nuestras necesidades, y concede el oportuno y necesario remedio: y pues sois la nubecilla que cubris toda la tierra: *sicut nebula texi omnem terram* (95). Haced que ésta perciba de las nubes del cielo el conveniente rocío para la produccion y conservacion de sus frutos, que tan deplorables se miran: haced como estrella que sois del mar, que tengan en Vos seguro norte los que por é navegan, y si sois

(88) S. Bernard. Hom. 2. circ. fin. (89) Psalm. 102. 14.

(90) 2. ad Cor. 3. 5. (91) 4. Reg. 2. 9. (92) Ad Ephes. 1.

(93) Psalm. 83. 8. (94) Deut. 5. 32. (95) Psalm. 8. ut supr.

Vos 'a que en sus olas andais: *in fluctibus maris ambulavi* (96).
 Co ceded próspero viage á todos los pobres navegantes, llevándolos con felicidad á puerto de salvamento: mirad con benignos ojos á todos los necesitados en el alma y en el cuerpo: asistid piadosa á cuantos militamos bajo de vuestra proteccion y patronato, alcanzándonos á todos eficaces auxilios de la divina gracia para llegar con ella á ver la de vuestra Concepcion en 'a gloria (97). Amen.

(96) Eccl. 24. 6. (97) Eccl. 24. 8.

O. S. C. S. R. E.

NOTA. El original con los de los otros póstumos ya publicados guarda religiosamente el archivo de su Provincia de Andalucía.